

*Canto y cuento es la poesía
se canta una viva historia
contando su melodía.*

(Obras completas, pág. 325).

No obstante, el relato no es todo ni mucho menos. Se necesita esa llameante verdad del que habla y la de quien escucha, interpretándose, escudriñándose, el lenguaje es espejo aun en un verso en carne viva; así:

*Con el tú de mi canción
no te aludo, compañero;
ese tú soy yo.*

¿Identidad? ¿Dualidad? ¿Y por qué una prolongación que no excluye a ambas presencias, que establece desembocadura y convergencia de dos simultaneidades del «yo»? Es la gavilla con sus mil briznas de paja que salen por aquí y allá, pero sin dejar de estar atadas y trabadas al mismo conjunto: al ramillete de oro que surgió de las mieses logradas. El canto, como pensar vivido; el canto, como vida pensada. Y en el tiempo angustiado.

¿La magia? ¿Sortilegios del ahondamiento misterioso y apasionado del canto-cuento? Dándole la palabra a uno de sus «dobles», a uno de sus apócrifos, veamos lo que nos explica Machado. Es en sus *Obras completas*, pág. 302.

«Necesita, pues, el pensar poético una nueva dialéctica, sin negaciones ni contradicciones, que Abel Martín llama lícita y, otras veces, mágica, la lógica del cambio sustancial o devenir inmóvil, del ser cambiado o el cambio siendo. Bajo esta idea, realmente paradójica y aparentemente absurda, está la más honda intuición que Abel Martín pretende haber alcanzado».

Es lo perseguido por Antonio Machado, una dialéctica lírica, mágica, en su hondón intuitivo, y que nunca se consigue. O pocas veces. Cuando se lee en lectura sincera, sin dobleces. Machado, ya desde 1919 (o sea, antes, porque es texto del prólogo a «Soledades, galerías y otros poemas», 1919), ansiando y soñando nos dice que hay que sobrepasar el arte subjetivista como «una tarea común (que) apasione las almas» y es que «sólo lo eterno, lo que nunca dejó de ser, volverá a fluir». En todo, hombre y paisaje, historia y sueño, en el canto soñado que se cuenta o expone. Y si el poema tiene que cantar es porque sueña y revive, como fusión de constantes dialogadoras y en la fulguración de instantaneidades complementarias.

Conciencia clara para escribir poemas. Porque el poeta es enjambre y racimo de muchos poetas. Los que lleva dentro, los que le rodean desde fuera. Y se concluye, como una firma sin arabescos, en un postulado machadiano de mucha entereza: «diálogo del hombre, de un hombre con su tiempo». La pluralidad, los demás, se proyectan en el «yo» del uno, en el singular de la acción cantada y contada. Por eso, recuerda el poeta, siempre «converso con el hombre que va siempre conmigo». Lo de que no hay noria sin agua, y tampoco cielo sin nubes. ¿La «eternización de la momentaneidad» que Unamuno aconsejaba? Sea lo que fuere, Antonio Machado no es víctima de engaño o de inocencia, y en «Reflexiones sobre la lírica» escribe lo siguiente: «La poesía pura, de que oigo hablar a críticos y poetas, podrá existir, pero yo no la conozco». ¿La intuición vagabunda, proclamada por Gastón Bachelard? En Antonio Machado todo se sensibiliza en rotunda postura creativa, al confirmar que la poesía es:

*Ni mármol duro y eterno,
ni música ni pintura,
sino palabra en el tiempo.*

Por eso se encamina a pasos lentos, pausadamente, sin andarse por recovecos, hacia poetas serios y formales, hondos y consejeros, siendo Berceo uno que figura en la vanguardia poética de España, como acertadamente deja dicho en «Mis poetas»:

*El primero es Gonzalo de Berceo llamado,
Gonzalo de Berceo, poeta y peregrino,
que yendo en romería acaeció en un prado,
y a quien los sabios pintan copiando un pergamino.
Trovó a Santo Domingo, trovó a Santa María,
y a San Millán, y a San Lorenzo y Santa Oria,
y dijo: MI dictado non es de juglaría;
escrito lo tenemos; es verdadera historia.
Su verso es dulce y grave; monótonas hileras
de chopos invernales en donde nada brilla;
renglones como surcos en pardas sementeras,
y lejos, las montañas azules de Castilla.
El nos cuenta el repaire del romeo cansado;
leyendo en santorales y libros de oración,
copiando historias viejas, nos dice su dictado,
mientras le sale afuera la luz del corazón.*

Exactamente se refleja una poética al día, en su historia, cantando y contando. No lo meramente anecdótico, a Antonio Machado no le

interesa, sino lo hondamente sentido y vivido, el fuego interior de que nos hablara Unamuno y que en estos versos evocadores de Berceo se transforman en luz, la luz del corazón que tiene que rezumar y salir afuera, para que los hombres y los paisajes la reciban, como en la totalidad poética. Espejeando. Con su ritmo y su melodía. Espejeante poética. La dicha de modo cabal y sencillo en «Nuevas Canciones» (la LXXI):

*Da doble luz a tu verso,
para ser leído de frente
y al sesgo.*

Posiblemente, en sueños dialogados, en la presencia de mil resonancias, en esa dialéctica mágica, lírica, allanándose en la cotidianidad, porque «la rima verbal y pobre, y temporal, es la rica». La sencillez, la luz del corazón.

0.5. *La política y la filosofía*

¿Es que el hombre de sumiso aliño indumentario y con leyenda de manchas de colillas en el gabán supo interesarse por las acotaciones ético-sociológicas y político-filosóficas de su tiempo histórico? ¿Puede ponerse en tela de juicio ese planteamiento auténticamente machadiano y ratificando que todo, en literatura, se ceñía en torno «del Hoy que será Mañana, / del Ayer que es Todavía»? Así se lee en texto de 1924, en la composición «De mi cartera». Hundíéndose en la vida, y en obra peregrina, desde Andalucía a Castilla, y desde Castilla a Andalucía, y luego a Valencia, y a Barcelona, para dar con sus huesos, como es sabido, en tierra ya al otro lado de la «raya catalana», en Collioure, Machado estaba dentro de los problemas de su historia. Siempre lo estuvo, y con raíces familiares incluso y con la actuación de la Institución Libre de Enseñanza en sus orígenes y sembradura de ideas. Resultaba difícil, a ratos, suponerlo. Siempre silencioso, al margen casi, lo mismo en Baeza que en Soria y Segovia. Por cierto, que Pablo Neruda nos ha dejado una silueta de ese entonces: «A don Antonio Machado lo vi varias veces sentado en su café con su traje negro de notario, muy callado y discreto, dulce y severo como árbol viejo de España» («Confieso que he vivido», Seix Barral, 1974, p. 167). Una silueta que es un retrato: la placidez por fuera, y lo atormentado por dentro, Siempre merodeando alrededor de las preocupaciones; tanto es así, que se nos presenta en su obra (prosa y verso) como un autor conflictivo, vivo y clásico, enfrentán-

dose con los hechos y ensueños de nuestro tiempo, un hombre ante las inamovibles contradicciones del existir y del pensar.

«La vida española ha sido siempre muy beocia. Yo no creo que el ambiente de hoy sea de mayor incultura que el de hace veinte años, por ejemplo», declaró en un interviú (*El Sol*, 9 de noviembre de 1934). Y la permanente obsesión de la realidad problemática española estipulada quedó en sendos poemas. «El mañana efímero» y «A una España joven» son muestras rabiosamente ejemplares. Y asimismo «Del pasado efímero» y «Los olivos». Y, naturalmente, su poesía escrita durante la guerra, sobresaliendo esa maravillosa composición que lleva por título «Amanecer en Valencia», con su serie de seis sonetos, fechados en Rocafort, marzo de 1938. Una tensa hondura en las preocupaciones de Machado. Testimonio y fidelidad. Entereza, también. De hombre lúcido, sensible y atormentado. Doliéndose todo, el país y sus hombres, doliéndose España, como le ocurría al vasco Unamuno.

De todos modos, no puede decirse que el afán político fuese lo esencial en Machado; es decir, no de modo coherente y partidista. Eso no cabía en su corazón. Pero sí se alojaban en él las eventualidades políticas del hombre-uno y del hombre-todos en una solidaridad que él ansiaba y a la que se ofrecía en sus últimos tiempos. La trayectoria queda muy definida en sus colaboraciones de «Hora de España», y lo mismo en su intervención ante el II Congreso Internacional de Escritores, en 1937 y en Valencia. En pura conciencia humana. Y con el pueblo como estandarte. Una invención machadiana (es decir, creada por su apócrifo Juan de Mairena) es la Escuela Popular de Sabiduría, casi con la misma terminología que las Escuelas Populares de Guerra que por aquellos años se fundaron en Valencia y su comarca (Godella, por ejemplo). Lo político, es lo ético. Así lo concebía Machado. Y muy hondamente, pues afectaba a los días y a los trabajos de los hombres. Defendiendo, acaso con excesivo ensueño, el papel activo e independiente del hombre, encarándose con la tecnocracia ya entonces en ciernes y avasalladora. Buscaba el poeta un nuevo humanismo, con el hombre como sujeto lúcido y director y no como vasallo u objeto. Un intimismo hecho solidaridad compartida. En los sufrimientos más que nada, pero en prólogo optimista en dos versos suyos muy característicos:

*La primavera ha venido
del brazo de un capitán.*

Y que se prolongan, en la misma estrofa, en otros dos versos

absolutamente complementarios y necesarios en la adhesión machadiana a la historia:

*Cantad niñas, en corro:
¡Viva Fermin Galán!*

Es que debe recordarse que el 14 de abril, en Segovia, fue Antonio Machado uno de los que en el Ayuntamiento segoviano izaron la bandera republicana. Y más tarde, en «Hora de España», lo precisaba así: «¡Aquellas horas, Dios mío, tejidas todas ellas con el más puro lino de la esperanza, cuando unos pocos viejos republicanos izamos la bandera tricolor en el Ayuntamiento de Segovia!»

La pureza del lino de la esperanza, y asimismo la pureza ingenua de la estrella de Joan Miró en el cartel anunciador del homenaje a Machado en Baeza y que, por cierto, no llegó a realizarse, por falta de autorización gubernativa final. La esperanza, y las alas abiertas de las golondrinas, la primavera... ¿Ilusiones en todos y, por lo tanto, en el poeta? Acaso, más bien, era el zumo del vivir al deslizarse en la comunicación humana, exigencia muy machadiana siempre. Éticamente. Moralmente. Sociológicamente. Por proyección constante de sus preocupaciones. Hoy y ayer y mañana, lo que por intermediario personaje nos dijo Machado: «Juan de Mairena mira las cosas con su criterio de librepensador, un poco influenciado por su época de fines del siglo pasado, lo cual no obsta para que ese juicio de hace veinte o treinta años puedan seguir siendo completamente actual dentro de otros tantos años» (*La Voz*, Madrid, 1938). Sí, ya lo dijo antes, en los versos del poema «Retrato» (de *Campos de Castilla*) voceando que en sus venas había «gotas de sangre jacobina», los ecos de la Revolución Francesa de 1789 anidaban en la esperanza popular machadiana. Evolución ideológica que, al correr de los años, le llevaría a definirse muchas veces durante la guerra española y para cantar junto al pueblo, y en análisis de político social apoyándose en el pueblo. Aunque de puro individualismo, ¿hubiese llegado a tener ideas concretamente socialistas? Es pregunta que ondea en el viento. Con respuesta posiblemente afirmativa, sí... Pero no ocurrieron las cosas que la hubiesen facilitado. Pero en el semanario *Ahora*, de la JSU, en Valencia, y en 1937, declaró Antonio Machado que «el socialismo es la gran esperanza humana ineludible» y que «la revolución es siempre desde abajo y la hace el pueblo». Palabras que corresponden sin dicotomía alguna a lo dicho en «Discurso a la JSU», Valencia, 1937: «Desde un punto de vista teórico, yo no soy marxista, no lo he sido nunca, es muy posible que no lo sea jamás. Veo, sin embargo, con

entera claridad, que el socialismo es la gran experiencia humana de nuestros días». Su concepción tenía raíces de lúcido arraigo en activa realidad del país. ¿No es lo que ya en 1912 proclamara en «Nuestro patriotismo y la Marcha de Cádiz»? Recordémoslo, y como base de introducción a las ideas ético-políticas machadianas: «Sabemos que no es patria el suelo que se pisa, sino el suelo que se labra». Porque nunca estuvo Machado «au-dessus de la mêlée» como años antes había aconsejado el gallo Romain Rolland, sino que se situaba dentro del perímetro angustiado y esperanzado que es vivir y sentir a la altura de las circunstancias. Despegado de todo partido, como ya queda subrayado, pero entregado con júbilo casi juvenil a los albores del mañana solidario y colectivamente sembrado y cosechado. En ese discurso citado ya, que el poeta dirigió a los jóvenes alistados en la JSU, y tras manifestar su pánico ante la mansa disciplina de la vejez, lo que él calificó como «esa vejez anárquica, en el sentido peyorativo de estas dos palabras», resume su pensamiento con las siguientes frases finales: «Tal vez porque soy demasiado romántico, por el influjo, acaso, de una educación demasiado idealista, me falta simpatía por la idea central del marxismo: me resisto a creer que el factor económico, cuya enorme importancia no desconozco, sea el más esencial de la vida humana y el gran motor de la historia. Veo, sin embargo, con entera claridad, que el socialismo, en cuanto supone una manera de convivencia humana, basada en el trabajo, en la igualdad de los medios concedidos a todos para realizarlo, y en la abolición de los privilegios de clase, es una etapa inexcusable en el camino de la justicia; veo claramente que ésa es la gran experiencia humana de nuestros días, y que todos de algún modo debemos contribuir. Ella coincide plenamente con vuestra juventud, y es una tarea magnífica, no lo dudéis.» Antonio Machado creía que todo lo veía con entera claridad, seguro que hasta sinceramente lo intentaría, pero no cabe afirmarse que se entregaba por razón, sino por sentimiento, y la adhesión rotunda y honda se perfilaba tan sólo en cuanto al convivir en afanes unificados, enfocados hacia un humanismo de libertad y de justicia. Ese era su horizonte, y tal fue su encaminamiento de colorido político. No es poco, claro está; presupone calor entrañable de poesía con savia de hombre y de pueblo. Las raíces que sujetaban a Machado y que le dejaban intacto en lo tocante a colaboraciones definitivas de partido o sindicato, quedan reflejadas en su dudar permanente. Es más, a ello aspiraba como educador. Y nos dijo: «Yo os enseño o pretendo enseñaros a que dudéis de todo: de lo humano y de lo divino, sin excluir vuestra propia existencia como objeto de duda» (J. de Mairena, póstumo, «Hora de España»). Ese era

el Antonio Machado más tajante y menos sometido a mutaciones de última hora.

REALIDADES

1.1. *El amor*

No hay poesía sin amor, es inconcebible. Para Antonio Machado, y gracias a su apócrifo representante Abel Martín, es alta teoría que no puede capitular nunca, en las estrofas y en la prosa incluso debe alzarse con vuelo garboso o sensato «el apasionante problema del amor». Fue siempre su constante, la aguja que marcaba invariablemente en su brújula de uso personal el horizonte a seguir, y al que a rajatabla obedeció. Con otro de sus autores representativos, aunque apócrifos, con su incondicional Juan de Mairena, se atrevió a decirnoslo, aunque en contexto amplísimo, el amor sin orillas: «Yo os enseño... o pretendo enseñaros el amor al prójimo y al distante, al semejante y al diferente, un amor que exceda un poco al que os profesáis a vosotros mismos, que pudiera ser insuficiente» (Hora de España»). Rompiéndose las ataduras de la Intimidad, zambullirse con ojos abiertos o cerrados, según lo exija el momento, en el amor exterior, desde dentro a fuera, volcándose, porque lo introspectivo, amorosamente, pudiera ser insuficiente. El poeta lo piensa así desde su mirador de acuciante sinceridades. El amor, alimento y motor de su poesía.

Amar, es tarea animadora, empujadora, y muchas veces homenajeante. Ante algo concreto, o ante algo borroso. De todos modos, una u otra presencia existe en función de la ausencia de lo que se sustituya momentáneamente. Es su vocero Abel Martín quien lo indica atinadamente: «El amor comienza a revelarse como un súbito incremento del caudal de la vida, sin que, en verdad, aparezca objeto concreto al cual tienda». Pero no se trata de espejismo, ni mucho menos, y tampoco de desvaríos quijotescos, con brillar próximo o lejano de aguas que reverberan o de sombras que oscilan. El amor, cual necesidad, y casi sin justificación, porque sí, porque tiene que serlo. Eso, es su arranque, en su motividad, o sea, en la mente del poeta.

Vida y, tal vez, espontaneidad; vida, y seguro que surge incremento del caudal suyo, vida rica en sus tensiones de amor. Que acarrea inmediatamente la soledad. Para ir luego al gozo completo, ya sea en ser, ya sea en idea ya, sea en amor a los demás, en su